

UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGIA
Tesis Licenciatura en Sociología

Pluriactividad y género en el medio rural uruguayo

Yoana Paola Chiesa Bravo

Tutora: Rossana Vitelli

2014

Índice

Introducción.....	2
CAPITULO I	
MARCO	
CONCEPTUAL.....	4
Referencias conceptuales empleadas	
I. Nueva Ruralidad	
II. Pluriactividad	
III. Mujeres rurales y relaciones de género	
CAPITULO II	
EL PROBLEMA DE	
INVESTIGACION.....	22
I. Objetivo General	
II. Objetivos Específicos	
ASPECTOS METODOLOGICOS.....	24
I. Diseño de Investigación	
II. Metodología y Técnicas de Investigación	
Algunas precisiones metodológicas	
CAPITULO III	
ANALISIS E INTERPRETACION.....	27
I. Discusión de la información	
II. Algunas reflexiones finales	
Referencias	
bibliográficas.....	47
ANEXO	

Introducción

La siguiente monografía, emerge luego de un largo proceso de trabajo y aprendizaje enmarcado en el *Taller de Sociología Rural y Desarrollo Territorial de la Facultad de Ciencias Sociales*. En este caso, devino en una investigación sobre el fenómeno de *Pluriactividad desde un enfoque de Género en el Medio Rural Uruguayo*, haciendo hincapié además, en el esclarecimiento de las inequidades de género dadas en dicho contexto.

Dicha investigación es un trabajo de corte cualitativo y se basa en información primaria obtenida a través de entrevistas personales a integrantes de hogares determinados previamente como pluriactivos. Las entrevistas fueron realizadas a mujeres rurales responsables o cónyuges de estos hogares, y son por ende, las protagonistas e inspiradoras de esta investigación. La misma se desarrolló en los departamentos de Canelones y Lavalleja, más específicamente en las localidades de: Tala, Barrancas, y Ombúes de Bentancor.

Nuestra pretensión radica en aportar datos e información sobre las condiciones de vida de las mujeres que conforman hogares pluriactivos en el medio rural uruguayo. Para ello, y considerando que los procesos deben ser visualizados de una manera más equitativa, se determinó que incorporar una perspectiva de género nos permitiría obtener información muy valiosa en ese aspecto. Así, en una primera etapa, fueron entrevistadas once mujeres integrantes de hogares pluriactivos. Varios meses después, en una segunda fase, se entrevistó nuevamente a dos de ellas en pro de analizar en profundidad ciertos aspectos considerados relevantes.

Creemos que toda la información obtenida puede resultar de gran utilidad, y del mismo modo, contribuir con distintos elementos a la comprensión y conocimiento de la realidad actual de las mujeres, y las relaciones de género en el medio rural uruguayo.

Asimismo, el interés por la obtención de datos e información deriva de su utilidad potencial para la identificación de problemas y disparidades sociales entre los diferentes grupos de población -vulnerables- tal como las mujeres, ancianos, hogares de bajos ingresos u otros.

Con un escenario rural en constante cambio, donde los actores sociales, los procesos locales y globales se interconectan y redefinen, considerar la perspectiva de género en el contexto de la nueva ruralidad, implica además una estrategia de sensibilización y/o concientización hacia los principales actores que conforman el

ámbito institucional, y participan además de la creación de políticas públicas que apuntan, entre otras cosas, a una mejora en la calidad de vida de dicha población vulnerable. La participación femenina en el trabajo extrapredial, no es coyuntural ni temporal; por el contrario, es estructural y permanente y por tanto debe abordarse desde distintas perspectivas tanto social como económica.

Es así, que dilucidando las diferentes realidades de las mencionadas mujeres, se promueve, (sumado a los distintos aportes realizados por otras investigaciones), la justicia o equidad de género entre otras cosas. Considerado por demás significativo, y a los efectos de argumentar la pertinencia sociológica, la articulación, de ambos conceptos: pluriactividad y enfoque de género.

Además de aportar datos e información en base a lo mencionado en el párrafo anterior, intentamos indagar sobre aspectos más subjetivos, a la hora de pensar las entrevistas, intentando con ello ahondar sobre la vivencia personal de la mujer en ese contexto.

A modo de resumen; en el primer capítulo se presenta el marco conceptual con las distintas definiciones y conceptos pertinentes, además de cierta articulación de los distintos enfoques que envuelven a la investigación.

En el segundo capítulo se expone el problema de investigación, objetivo general y objetivos específicos, incluyendo también allí los distintos aspectos metodológicos: metodología, técnica de investigación utilizada y justificación de la muestra seleccionada.

Finalmente, en el tercer y último capítulo, se exhibe un análisis general de la información, con el debido conjunto de reflexiones basadas en los testimonios obtenidos.

A modo complementario, incluimos en el Anexo la información obtenida desagregada por hogar, dos de las entrevistas realizadas, además de tablas adicionales donde se incluye la caracterización de los hogares y las mujeres.

CAPITULO I

Marco Conceptual

I. Una perspectiva desde la Nueva Ruralidad

Para la comprensión del fenómeno de la pluriactividad, nos aproximamos a éste (a modo introductorio) enmarcándolo dentro una perspectiva sobre la nueva ruralidad.

Durante las últimas décadas la sociología rural ha iniciado un proceso de cambio sobre su forma de observar al mundo rural, despertándose un debate acerca del objetivo de la misma. Debate que conlleva a una revisión conceptual y a pensar en la “nueva ruralidad” como una corriente de pensamiento alternativa. O en este caso incluirla como una perspectiva, la cual nos permitirá apreciar distintos fenómenos, entre ellos, la pluriactividad donde se manifiestan y convergen nuevos actores, relaciones e identidades sociales.

Como expresa E. Pérez (2001), tanto en los países desarrollados como en desarrollo, la discusión de la nueva ruralidad ya no constituye una separación entre lo rural y lo urbano. La idea de rural no equivale únicamente a lo agrícola y; por lo tanto, la nueva ruralidad implica cierta complejidad, abarcando regiones cuya población desarrolla diversas actividades que confluyen entre sí. Se establece así interdependencia entre el escenario rural y el urbano, sobre todo por las relaciones económicas que se instauran a través del comercio de bienes agrarios, manufacturados, de recursos naturales y humanos.

“Conjuntamente, la existencia de una nueva ruralidad implica pensar en cambios fundantes, en nuevos sujetos y nuevas relaciones de producción, pero enfatizando en que estos aspectos no se presentan de forma homogénea ni tampoco definitiva. Esto conlleva necesariamente a reflexionar sobre las especificidades según el contexto histórico, social y cultural de una sociedad” (Bengoa 2003).

Diversos autores coinciden en que esta nueva ruralidad tiene varias décadas de existencia por lo que no puede considerarse tan nueva. En todo caso, lo que ocurre es que ahora se observa una realidad que antes era ignorada a causa del enfoque agrarista vigente durante mucho tiempo.

Las sociedades rurales han presentado cambios estructurales, consecuencia en parte, al modelo de desarrollo global continuo. Esto trae consigo como toda transformación, un proceso de adaptación e incorporación de la nueva realidad que se plantea. Si bien el desarrollo y los cambios se dan en todas las esferas de la realidad (en

mayor o menor medida), nos referiremos en este caso, debido a la temática que nos concierne, al desarrollo rural. Es en este marco, donde se alude que el desarrollo ha estado cuestionado por el reto de la equidad, que haremos referencia a las mujeres rurales desde una perspectiva de género.

En correspondencia con lo antes mencionado continuamos con la referencia a la nueva ruralidad. Se plantea “nueva” en respuesta a que emergen nuevos lugares de la realidad social rural que se encontraban ocultos, pero no por ello inexistentes, debido principalmente al enfoque agrario predominante hasta hace tan solo algunas décadas como se mencionó. La perspectiva agraria pone énfasis en la línea divisoria entre lo rural y lo urbano, entre lo atrasado y lo moderno. Lo rural es entendido como lo local y cerrado, con pautas socioeconómicas y valores propios (Pérez, 2001). En cambio, el enfoque de la nueva ruralidad abre el espectro de visión y análisis, de forma inclusiva para con diversas cuestiones que se suceden, ayudando a comprender los fenómenos que se desarrollan en el mundo rural.

Abierto el abanico de opciones a tener en cuenta gracias a dicho enfoque, es que surge el interés por nuevos fenómenos como por ejemplo la pluriactividad. “Lo rural trasciende lo agropecuario, y mantiene nexos fuertes de intercambio con lo urbano, en la provisión no solo de alimentos, sino también de gran cantidad de bienes y servicios, entre los que vale la pena destacar la oferta y cuidado de recursos naturales, los espacios para el descanso, y los aportes al mantenimiento y desarrollo de la cultura”. (Pérez C. Edelmira 2001: 18)

En este sentido cabe señalar que los estudios sobre la pluriactividad ponen de manifiesto la necesidad de tener una visión territorial de la problemática rural, tomando lo agrario como un elemento más de la conformación de los territorios. (Riella, Mascheroni 2006:238).

Esta nueva concepción de la ruralidad, indica Carmen Osorio, implica considerar entre otras cosas, los fenómenos de forma multidimensional vinculando así aspectos de producción; la productividad; combate a la pobreza en búsqueda de equidad; incorporación de la perspectiva de género, de modo de visualizar la participación de las mujeres, entre otros elementos, etc.

Como se mencionó, dichas transformaciones implican importantes cambios y manifestaciones tanto en lo productivo, económico y social. Pero además puede apreciarse dentro de estas esferas de cambio, el aumento de la participación femenina,

elemento fundamental que concierne a esta investigación y desarrollaremos más adelante.

II. Pluriactividad

Luego de una reseña sobre nueva ruralidad a modo de introducción, se propone a continuación la definición, desarrollo y articulación de aspectos que conforman el fenómeno de la pluriactividad

El mundo rural contemporáneo transita profundas modificaciones que están alterando sus formas de producir, su estructura ocupacional y la relación entre lo urbano y lo rural. Las transformaciones ocurridas en las últimas décadas en el agro, han sido de amplio alcance manifestándose tanto en la esfera de lo productivo, económico y lo social. Estos cambios pronuncian con claridad las múltiples funciones que cumplen los espacios rurales en las sociedades actuales. Así, es en este contexto, donde la sociología rural viene prestando creciente atención a dos fenómenos que dan cuenta de las transformaciones de la estructura social y productiva del medio rural: el incremento del peso de los empleos no agrícolas y de la pluriactividad en los hogares rurales. (Chiappe M., Carámbula M. Fernández E., 2008:35)

Dado que la pluriactividad es un fenómeno que se enmarca dentro de las transformaciones ocurridas en el agro en las últimas décadas, el mismo ha merecido estudios destacados debido a su creciente importancia. Según Juan Romero (2009), la pluriactividad es un fenómeno que ha estado históricamente presente en las agriculturas de varios países de América Latina y que experimentó una tendencia creciente en los últimos años como consecuencia de la crisis de los 90 en las pequeñas y medianas empresas familiares del campo. Este fenómeno que ocurre en el medio rural reconoce la combinación de por lo menos dos actividades, siendo una de éstas la agricultura. Dichas actividades son realizadas por individuos que forman parte de un grupo doméstico relacionados por lazos de parentesco, o personas que compartan el lugar de residencia. En cuanto a la actividad agrícola, implica la realización de un conjunto diverso de tareas y procedimientos que envuelven el cultivo de organismos vivos (animales y vegetales).

Señala Rossana Vitelli, que si bien para algunos autores se planteaba como una nueva manifestación, consecuencia de fenómenos económicos y tecnológicos, para otros, al igual que Romero la situación de combinar tareas agrarias y no agrarias ya estaba presente en los estudios de sociología rural de las primeras décadas del siglo. El término “agricultura de tiempo parcial” fue utilizado por Rozman en 1930 haciendo referencia a la realidad del agro en países desarrollados de Europa y América del Norte, concepto que más adelante surge como “empleos múltiples” para finalmente aparecer

como “pluriactividad” a finales de los 80 en el contexto de las reformas de la política agraria de la Comunidad Europea (Riella, 2003: en Vitelli 2005).

En este sentido, teniendo en cuenta el desarrollo y rumbo que encausaría la investigación, se consideró la siguiente definición: “pluriactividad como la característica de una unidad productiva multidimensional, en la que se emprenden actividades agrícolas y no agrícolas dentro y fuera del establecimiento”. (Kageyama 1998; 518-520 en Riella y Mascheroni, 2006: 237).

Asimismo, incluimos de forma complementaria lo que expone Schneider (2007), quien hace referencia a las causas y “multideterminación” como particularidad principal de dicho fenómeno. Explica el autor, que la pluriactividad se caracteriza por la combinación de múltiples inserciones ocupacionales de las personas que pertenecen a una misma familia. De este modo, la pluriactividad es, al mismo tiempo, causa y efecto de las actividades no agrícolas.

Si bien la combinación de actividades productivas es una característica histórica en el medio rural, se puede afirmar que la diferencia en la actualidad radica en que dejó de ser algo ocasional y temporal para instalarse como una estrategia planificada de las familias rurales como forma de introducirse al mercado de trabajo.

Entre las razones que originan el mismo, de acuerdo a este autor, se destacan por ejemplo la modernización técnico productiva, lo que ha individualizado los procesos de trabajo y trae consigo la necesidad de inversión en capital fijo (maquinarias). Conjuntamente, aumenta la ociosidad de la mano de obra debido a la disponibilidad de tecnologías cada vez más intensivas, lo que genera desocupación o subocupación y por ende la búsqueda de otras alternativas de trabajo. Y también como respuesta al desarrollo rural, que estimula actividades no agrícolas en el medio rural.

Al mismo tiempo se estima que a través de la pluriactividad los agricultores familiares pueden establecer iniciativas de diversificación de sus ocupaciones interna y externamente a la unidad de producción así como aumentar las fuentes y las formas de acceso a los ingresos.

En este sentido Riella y Mascheroni (2006) hacen referencia a lo que denominan ruralidad ambigua, que significa la superposición de explotaciones capitalizadas, tecnológicamente modernas e integradas a un mercado mundial con formas de producción tradicionales poco dinámicas con actividades marginales. Esto lleva a una realidad contradictoria donde específicamente en la producción familiar son necesarias nuevas formas de resistencias, siendo una de ellas la pluriactividad.

No obstante se arguye, que si bien este fenómeno está relacionado con la posibilidad de combinación de actividades agrícolas y no agrícolas dentro de un determinado contexto social y económico, debe tenerse en cuenta que dichas actividades dependen en gran parte de un conjunto de variables y factores relacionados directamente a los individuos que hacen a la dinámica familiar.

De esta forma, se reconoce a la familia como unidad ejecutora y determinante de las diferentes estrategias de supervivencia a ser adoptadas, la cual responde y funciona como un sistema donde todos se ven afectados dependiendo de los roles y tareas que a cada uno corresponda .

A modo de categorizar los hogares involucrados, tomamos en cuenta lo expuesto por A. Riella (2003). Así, se destaca al hogar como unidad de análisis, donde se encuentra al menos uno de sus miembros que realiza una actividad que genera ingresos de origen no-agrícola. De esta manera se puede realizar dicha categorización de los hogares como agropecuarios cuando todos sus miembros se dedican a actividades agropecuarias, hogares pluriactivos cuando alguno de sus miembros se dedica a una actividad que puede ser considerada de tipo industrial o de servicios o cuando algún integrante realiza labores agrarias fuera del predio, y por último hogares no agrícolas cuando todos sus miembros activos se dedican a actividades no prediales.

Al momento de seleccionar los hogares que participarían de nuestra investigación se tuvo en cuenta que contaran con las características que se mencionaron anteriormente.

Para resaltar y evidenciar de forma empírica la importancia de dicho fenómeno, consideramos complementario aportar algunas cifras que den cuenta de su relevancia. Ello permite obtener un panorama a priori del desarrollo y avance de la pluriactividad como suceso establecido y en ascenso.

A continuación se presentan resultados obtenidos en estudios realizados en América Latina sobre la pluriactividad en el medio rural.

De acuerdo a Schneider, los trabajos pioneros de Klein (1992), como también de Weller (1997) y otros, demuestran que las ocupaciones en actividades no agrícolas alcanzaron cerca del 22% al final de la década de 1980. En la década de 1990, se registró un crecimiento en todos los países de América Latina de los empleos en actividades no agrícolas. Este crecimiento es más expresivo en el caso de las mujeres, puesto que en nueve países de la región se verifica una variación de 65% a 93% de

participación de las mujeres en el mercado de trabajo rural no agrícola. (Schneider 2007).

Resulta evidente, según los datos recabados, que un gran porcentaje de la población rural no es agraria, lo que demuestra la diversidad de actividades que se están desarrollando en el medio rural.

Como señala Romero, un primer indicador de la estructura de ocupación rural es el peso que tienen las ocupaciones no agrarias. En Uruguay, de acuerdo con la información relevada, según datos de la Encuesta de Hogares Rurales realizada entre fines de 1999 y principios del 2000 por el MGAP, se constató que aproximadamente el 40% de la población económicamente activa (PEA) rural no es agraria y que un 10,9% de personas se encuentran ocupadas en el sector secundario y un 28,3%, en el terciario (Malaquín, 2009:4).

Los datos marcan con nitidez la importancia de la ocupación no agraria en el conjunto del país rural. Un 39,2% de las ocupaciones para la población rural se genera en sectores distintos al sector que tradicionalmente se pensaba que era la única fuente de creación de empleo en estos territorios (Malaquín, 2009:42).

Cabe destacar que al hablar de pluriactividad se debe tener en cuenta que en el Uruguay existen estudios que han demostrado que la ruptura entre lo rural y lo agrario, abarca a los trabajadores asalariados rurales. Y que si bien mientras decrecen los trabajadores rurales y agrícolas, crecen los trabajadores con residencia rural pero con tareas no agrícolas (Piñeiro: 283).

Asimismo, como indica Carmen Osorio, una nueva ruralidad implica una nueva combinación de elementos considerados como urbanos, que coexisten o se recrean con factores naturales y de tradición cultural, así como el surgimiento de nuevos actores sociales que establecen relaciones mercantiles a través de las redes sociales coexistentes tanto en el ámbito rural como en el urbano. Así, la agricultura trasciende lo agropecuario y mantiene nexos con lo urbano tanto en la provisión de alimentos como en la oferta de gran cantidad de bienes y servicios.

Un elemento apreciable en referencia al concepto de estrategia social, es que la realización de diversas actividades en una unidad productiva y fuera de ella permite desplazar los tiempos muertos vinculados a la zafra o a las irregularidades de la demanda, aprovechando de alguna u otra manera el uso de los recursos existentes. Por su parte, señala Aguirre (1998) que los hogares integran distintas modalidades de trabajo, (doméstico, de subsistencia y remunerado), mediante los cuales recomponen y

obtienen ingresos –monetarios o no- a través de un proceso cambiante, en función de las necesidades y los recursos existentes.

Resulta de interés general analizar este tipo de fenómenos que permiten ampliar las opciones de supervivencia de las familias que viven en el medio rural, ya que de continuar en aumento (como sucede), es importante promover la implementación de políticas o planes de inclusión que ayuden a dichas familias a mejorar sus condiciones de actividad remunerada.

En este sentido se observa que además de contribuir con su trabajo en la producción agropecuaria, las mujeres han asumido un papel protagónico en la diversificación de las fuentes de ingresos de la unidad y en la producción para el autoconsumo. Paradójicamente este ingreso, aunque en ocasiones no sea muy elevado, representa muchas veces un ingreso más estable que los derivados de la producción agrícola (Banuett, 1999).

Entendemos de esta forma, si se observan los datos que tienen que ver con la variación de la participación de las mujeres en el mercado de trabajo rural no agrícola, no queda más remedio que generar aportes y promover estudios que involucren pluriactividad y visión de género, dado las transformaciones que se vienen suscitando.

III. Mujeres rurales y relaciones de género

Resulta incuestionable que el fenómeno de la pluriactividad en el medio rural (uruguayo o no) ha traído consigo transformaciones en otros aspectos, que no tienen que ver solo con las variaciones y aumento del tipo de actividades o la diversificación de las mismas en sí. Sino que también, por ejemplo las relaciones sociales se han modificado, y la participación femenina ascendente en el mercado de trabajo agrario y no agrario se ha manifestado.

De este modo, se ha ido originando una feminización de la agricultura, aunque además, paralelamente, las mujeres se han ido incorporando en diferentes actividades (ej.: producción de artesanías) históricamente tradicionales, las cuales se han ido transformando bajo una lógica mercantil debido a diversos factores. Entre otras cosas, se observa como tendencia regional la participación de las mujeres en las tareas agrícolas atravesando todo el ciclo de producción.

Podemos destacar así, tipos de participación de la mujer en la producción, sugeridos por Marcelle Banuett. Consideramos pertinentes los dos grupos que siguen a continuación, ya que se adecuan a la mayoría de los casos analizados.

Microempresarias rurales: Participan en la producción de artesanías, tejido y procesamiento agroindustrial, muchas veces forman parte del sector informal trabajando en su hogar con bajas ganancias (1999:7).

Productoras intensivas en la parcela: Hacen todo lo del grupo anterior pero además trabajan en la parcela y toman decisiones. Generalmente la mujer participa mucho más intensamente cuando la parcela y la vivienda quedan en el mismo lugar (1999:7).

En la primera parte de esta investigación, se menciona el aporte de Vitelli relacionado al aumento de la participación femenina en el mercado de trabajo, punto más que significativo vinculado a este trabajo. Es así, que consideramos sustancial articular ambos conceptos, ya que como consecuencia de dicho aumento de la participación femenina, es que analizaremos de qué manera repercute la pluriactividad las condiciones de vida (tanto personales como laborales) de las mujeres en el campo. Al analizar ello desde múltiples aristas, se intenta apreciar conjuntamente si las relaciones de género existentes se ven modificadas o no, dado el mencionado incremento.

Como puntapié inicial, consideramos desarrollar a continuación a qué referimos al hablar sobre enfoque de género.

En las sociedades, las relaciones de dominación entre hombres y mujeres suelen ser naturalizadas en función de las diferencias biológicas existentes entre los sexos. El enfoque de género reconoce las diferencias biológicas entre ambos y enfatiza en el estudio de la construcción social de dichas diferencias a través de su naturalización por agentes socializadores y la cultura. Entendido así, es una categoría histórica que permite el estudio de las relaciones entre hombres y mujeres en distintas sociedades y distintas épocas, reconociendo que no hay una única forma y por tanto una única interpretación universal de cómo explicar estas inequidades y relaciones diferenciales de participación de ambos sexos en la sociedad (Vitelli: 17).

Gracias al aporte de los estudios con una perspectiva o enfoque de género, se ha puesto en evidencia que las desigualdades de género conforman una desigualdad más dentro de la sociedad, como las de clase, raza, culturales y etarias.

El concepto de género se utiliza para aludir a las formas históricas y socioculturales en que hombres y mujeres interactúan y dividen sus funciones. Dichas formas se van transformando con el tiempo y de una cultura a otra. De esta forma el género es una categoría que permite analizar papeles, responsabilidades, limitaciones y oportunidades diferentes de hombres y mujeres en diversos ámbitos tales como una unidad familiar, una institución o una comunidad.

Más allá de la identificación de esas inequidades que apunta la autora, y los progresos referidos al alcance de relaciones entre hombres y mujeres más igualitarias, las sociedades reproducen y mantienen aún algunas (éstas en mayor o menor medida), dependiendo del ámbito en donde se las ubique. Por tanto, es inevitable conocerlas y hacerlas visibles para responder y actuar de la manera más efectiva posible.

El medio rural no es la excepción, y aunque han ocurrido considerables transformaciones en las últimas décadas, las inequidades continúan perpetuándose. En tanto que la mujer es confinada a lo doméstico, el hombre ocupa la posición de proveedor, ubicado en la esfera de lo productivo.

En los últimos tiempos se ha considerado importante para los estudios rurales y de género, revelar el papel de las mujeres como trabajadoras en el ámbito de la producción, encubierto en ocasiones por el carácter familiar de la explotación de los predios. Se ha dado por hecho que las mujeres rurales adaptan su participación laboral a sus responsabilidades domésticas y reproductivas dada la persistencia de roles tradicionales de género en el medio rural. A lo que debe añadirse la característica de que en la unidad familiar de producción existe superposición o cercanía entre la unidad de

producción y la unidad doméstica, lo que dificulta enormemente la distinción entre las funciones y actividades entre estos ámbitos. (Batthyány: 98)

En este sentido, consideramos significativo incluir además la discusión que el feminismo expone en torno a la igualdad, como aporte complementario a la temática. Por ejemplo, encontramos que uno de los principales debates se centra en dos concepciones: las que consideran que deben ser tratadas igual que los hombres y las que consideran que deben tener un tratamiento diferencial de acuerdo a lo que las hace diferentes. Mientras que el “feminismo de la diferencia” critica la postura de que intentar igualarse a los hombres implica adoptar sus formas y valores, el “feminismo de la igualdad” argumenta que existe en estas otras un “esencialismo” y que el intentar ser diferentes sólo refuerza los estereotipos ya fijados.

Ante esto, se ha intentado enfatizar que mientras el concepto de “igualdad con”, hace referencia a una escala jerárquica, se prefiere hablar de “igualdad entre”, subrayando que esto requiere entre otras cosas autonomía en la capacidad de escoger y decidir entre alternativas, o igualdad entre individuos con la misma capacidad para ejercer poder y autoridad. (Deere, León, 2002)

En este marco, el debate en torno a la “igualdad” ha resultado estéril de acuerdo a Nancy Fraser, quien plantea avanzar en la conceptualización de la equidad afirmando que, “...supone romper con el supuesto de que la equidad de género puede ser identificada mediante un único valor o norma...” (Fraser, 1997 en Vitelli: 2005). Es así que propone una pluralidad del concepto que se materializaría al respetarse siete principios normativos básicos: 1) principio de antipobreza, 2) principio de antiexplotación, 3) igualdad en el ingreso, 4) igualdad en el tiempo libre, 5) igualdad de respeto, 6) principio de antimarginación, y 7) principio de antiandrocentrismo.

De acuerdo a la autora, sólo cumpliendo los siete principios nos estaríamos acercando a la idea de equidad. Y además, estos postulados básicos y generales nos permitirán tener una referencia para realizar los estudios empíricos comparativos de las inequidades de género aplicados al medio rural.

Dicho esto, debe interpretarse que los estudios de género son transversales y “cortan” cualquiera de las problemáticas de una sociedad. Esa es una diferencia sustantiva entre los estudios de “mujeres” y los estudios de género (Vitelli: 2005, 6). Vale aclarar que dentro del fenómeno de la pluriactividad podemos realizar ese “corte” para abordarlo desde dicho enfoque.

Antes de continuar, debemos precisar la concepción de mujer rural, ya que será mencionada reiteradamente durante este trabajo. Así, según Vitelli (2004), el tener como sujeto de estudio a las mujeres rurales, no supone la existencia de la categoría “mujer rural” como tal. No refiere a la existencia de algo como “sustancia” o “esencialismo” que diferencie a las mujeres que viven en ciudades, de las que viven en el campo; por lo que es la misma concepción general de género la que utilizamos para esta investigación.

De lo que se trata es de diferenciar los estudios que realiza la sociología rural en particular a través de una mirada que profundice en las diferencias genéricas, para lograr una mejor interpretación y análisis de lo que sucede en ese medio. Asimismo, se busca poder establecer si las condiciones ambientales, socioeconómicas y culturales en las que vive la población rural a través de sus especificidades, refuerza, mantiene o atenúa las situaciones de inequidad y dificultades de relacionamiento entre los sexos en términos similares a lo que sucede en el medio urbano. (Vitelli: 2005, 20)

Son las condiciones en que el trabajo, la producción y los sistemas familiares se articulan, lo que establecen situaciones que pueden diferenciar la situación de las mujeres rurales y urbanas. De este modo se puede afirmar que son condiciones externas y no “constitutivas de origen” las que podemos encontrar entre ambas. Se ha observado que un aspecto constante y común en la vida de las mujeres campesinas de diversos lugares y períodos ha sido y es la combinación de actividades productivas y reproductivas en el espacio hogareño. Siendo esto último lo que marca grandes diferencias con la mayoría de las mujeres que habitan zonas urbanas, aunque ambas compartan las labores domésticas. (Rebolledo, 1997 en Vitelli: 2005,20)

Dentro de las transformaciones territoriales producidas, mencionadas ya en un punto anterior, cabe destacar el incremento del trabajo femenino en el medio rural. Lo que se resalta como significativo y concluímos debe considerarse desde una perspectiva de género para alcanzar el punto de vista más objetivo posible, y conseguir analizar las relaciones de género en dicho contexto. Si se toma en cuenta, a priori, que se observa a las mujeres realizando diversas tareas en el hogar, entre otras, sin desmedro del aumento de su jornada laboral.

Asimismo, además de incluir los conceptos mencionados anteriormente, nos referimos a continuación al concepto de pluriactividad desde una perspectiva de género expuesto por Vitelli (2005), en pro de alcanzar la correspondiente articulación entre ambos.

Según la autora, observamos que existen distintas visiones sobre los contenidos del término pluriactividad que pretenden dilucidar las causas y orígenes de este fenómeno. Algunos autores enfatizan en las causales de tipo económico para el surgimiento del mismo, enmarcando a la pluriactividad dentro de un contexto macro como la globalización de los mercados de alimentos y acentuación de la “capitalización” del agro. Sin embargo, otros puntos de vista se dirigen hacia la dinámica familiar o a fenómenos de orden cultural y valorativo.

Hasta los años 80 el medio rural presentaba a la mujer realizando las tareas reproductivas y domésticas del predio, pero posteriormente se comprobó su aporte al trabajo productivo (Vitelli, 2005). Pero como se subrayó al principio, dentro de los cambios producidos en la estructura del agro, estudios recientes demuestran procesos crecientes de diversificación y expansión creciente del tipo de trabajo y empleo femenino. Dicha expansión del trabajo femenino no implicó la disminución del trabajo doméstico realizado en su gran mayoría por las mujeres del hogar. En términos de la autora, a la propia invisibilidad del trabajo doméstico de las mujeres rurales (situación compartida con las mujeres urbanas) se agrega la dificultad de la identificación, valorización y medición del trabajo de tipo productivo que puedan realizar dichas mujeres rurales. Dentro de este trabajo de tipo productivo, se destacan muchas tareas que tienen que ver con el mantenimiento y funcionamiento de los factores de producción, tareas que en ocasiones no son socialmente reconocidas. Sino que se encuentran dentro de lo que las mujeres deben realizar como parte de su rutina.

Si bien las mujeres rurales han trabajado desde siempre para su hogar y simultáneamente para el mercado, de forma remunerada o no remunerada, puede decirse que se han desempeñado productivamente, mas no han recibido el debido reconocimiento a ello, sobre todo si se tiene en cuenta que el trabajo no remunerado existente en el marco privado de la esfera doméstica, es esencial y necesario para la reproducción y bienestar de la sociedad.

Como aduce Marcelle Banuett, "desconociendo la compleja dinámica de participación de los diferentes miembros de la familia en la unidad productiva, y la estrecha interrelación entre el espacio y las tareas de producción y de reproducción. Se ignora así que estas unidades operan como un sistema de producción-reproducción familiarmente integrado, en el que existen "productoras y productores" y múltiples "productos"" (Banuett: 1999,11). De este modo, en este contexto (a diferencia de lo que sucede a las mujeres urbanas) se presenta una especificidad, y es que en el predio

familiar hay una superposición de la esfera productiva y la doméstica. Esto lleva a que la mujer realice tareas en ambas esferas a la vez, existiendo una línea difusa entre lo que serían labores domésticas y productivas.

Asimismo, la asignación de trabajos a las mujeres en estas unidades es muy flexible, es decir, no sigue la tradicional división sexual del trabajo. En ocasiones ellas asumen en alto grado, tareas que tradicionalmente se han entendido como responsabilidad de los varones. No sucede lo mismo en la dirección contraria: las mujeres no son sustituidas, ni siquiera complementadas, por los hombres, en las labores “típicamente femeninas” como son las tareas domésticas y la atención cotidiana de la familia.

Para Saltzman (1992), la reproducción de la desigualdad entre los sexos está fundamentalmente arraigada en la división del trabajo por sexos tanto dentro como fuera de la familia y el hogar. La división sexual del trabajo entre hombres y mujeres supone una construcción sociocultural que asigna las tareas domésticas y “reproductivas” del hogar a las mujeres, mientras a los hombres encomienda las tareas “productivas”. Lo que se aprecia en mayor medida en el mundo rural, donde se ha socializado fuertemente a sus miembros en valores tradicionales que suponen, una importante separación de tareas por sexo (Batthyány: 2013, en Piñeiro D., Cardeillac J. y Vitelli, R.).

De esta forma, en la medida en que los hombres se perciben como encargados de la producción del predio resultan especializados en determinadas tareas. Mientras que la mujer al diversificar sus tareas, se dedica a otras cuestiones de índole más organizativa relativas al sistema productivo, así como organizar y aprovechar los tiempos muertos.

En este sentido, diversos estudios han tendido a mostrar que la división sexual del trabajo determina comportamientos y valoraciones diferenciales por género, también en las actividades de producción. Como la tarea doméstica es “naturalmente” femenina, la participación de las mujeres en la producción está estrechamente marcada por su jornada laboral en el hogar, y también en el lugar de trabajo, se construye la identidad de género a través de la división sexual del trabajo” (Aguirre1998).

Con los casos aquí exhibidos, se pretende además, presentar algunas evidencias de por qué es importante estudiar ambos conceptos conjuntamente, pluriactividad y género, en el contexto de la nueva ruralidad. De esta forma, como menciona Osorio (2011), percibir las transformaciones que ocurren desde una mirada de género permite una visión crítica y explicativa de las relaciones sociales y las nuevas identidades, identificando elementos que permiten entender las características que redefinen la

condición y posición de hombres y mujeres en los aspectos de producción y reproducción.

Sobre todo si se observa, entre otras cosas, que a pesar del aumento de la participación de la mujer en el mercado laboral, no significa que consecuentemente se haya redistribuido significativamente el trabajo no remunerado. Diversos estudios coinciden en señalar que la participación en aumento de la mujer en el mercado laboral no ha significado un cambio en las relaciones de género, al contrario se ha intensificado su jornada laboral al incluir el cumplimiento del trabajo con la producción familiar, el doméstico y asalariado, según el caso.

En la misma línea Vitelli (2004) señala que el trabajo que la mujer realiza en el predio se presenta como fraccionado, discontinuo, irregular, lo que dificulta su valorización y medición económica. Estas características del trabajo de la mujer, conllevan a que el mismo no se visualice como tal, dado que es realizado como parte de un todo junto al trabajo doméstico.

Tal como afirma Batthyány en todo el mundo las mujeres continúan siendo las responsables por la mayor parte del trabajo que no percibe remuneración y cuya contribución a la economía queda, por tanto, sin reconocer. Y esas asimetrías en la distribución y valoración del trabajo tienen efectos contraproducentes sobre la igualdad de género y la autonomía de las mujeres.

Contrario a eso, se observa que, mientras que las mujeres salen al mercado laboral, sea de manera formal o informal, en su gran mayoría, deben realizar además diversas tareas; cuidados de niños, de familiares, domésticas, de producción para autoconsumo, subsistencia, voluntarias, o de cualquier índole. Dependiendo ello del tamaño, composición de la familia u otros factores condicionantes, como por ejemplo el nivel de educación.

La definición de familia que expone Nancy Fraser es bien descriptiva de la realidad que transitan las mujeres en el medio rural. “No es sólo un reducto desinteresado y romántico donde se forjan los valores, sino que, para las mujeres, representa un lugar de trabajo, de intereses encontrados, de conflictos en ocasiones de explotación...” (Fraser, 1997 en Vitelli 2010). Es sin duda, la institución más importante a través de la cual se perpetúan las diferencias entre géneros. Como afirma Vitelli (2004), la familia funciona como mecanismo articulador reproductor de las relaciones inequitativas.

Las mujeres que viven en el campo, dedican gran parte de su tiempo, de su jornada, a este “lugar de trabajo” tal cual lo define o representa Fraser, sin perjuicio de que deben atender y distribuir su tiempo en la ejecución de diversas tareas. De esta forma alcanzan fácilmente la doble, y hasta triple jornada laboral. Así, la economía campesina consiste más bien en un sistema familiar integrado, donde no existe una clara demarcación de actividades de producción y reproducción.

Es así que para visualizar las inequidades referentes a la distribución de tareas, nos apoyamos en los siguientes conceptos.

Teoría del Intercambio

Es un enfoque de carácter microestructural que examina la forma en que la desigualdad genérica, la cual surge a nivel macrosocial, produce desigualdades en las interacciones directas entre hombres y mujeres.

El intercambio social es característico de las relaciones conyugales, ya que en ellas se intercambian servicios, bienes, apoyo y favores de manera implícita. El intercambio social establece una deuda difusa a cargo del receptor de favores, cuyo saldo puede ser exigible en cualquier momento. Por ello quien acumula deudas sociales, adquiere así un poder interpersonal que puede llegar a ser más importante que el derivado de deudas económicas.

“Esta perspectiva puede contribuir a comprender otras situaciones fuera de las que se dan en las relaciones de pareja. Por ejemplo en el ámbito laboral, las mujeres pueden encontrar a cambio de un trabajo mal pago y de malas condiciones, la oportunidad de obtener información, ampliar su universo de relaciones sociales y salir del control del marido” (Aguirre Rosario, 1998:30).

a) Trabajo no remunerado

Se ha tomado como referencia la publicación “Uso del Tiempo y Trabajo no Remunerado” de Rosario Aguirre y Karina Batthyány (2005). Es por tanto que incluimos en esta investigación dentro del trabajo no remunerado, el trabajo de subsistencia, el doméstico y el de cuidados familiares.

En referencia al de subsistencia o autoconsumo, podemos denominarlo como una forma de contribuir al bienestar del hogar o de la familia enmarcado dentro de una estrategia de supervivencia como manera de paliar la caída de ingresos consecuencia de diversos motivos.

El doméstico, donde se incluyen las tareas “típicas”: cocinar, limpiar la casa, lavar la ropa, así como también los trámites o diligencias.

Los cuidados designan a la acción de ayudar a un niño, niña o a una persona dependiente en el desarrollo y el bienestar de su vida cotidiana. Engloba, por tanto, hacerse cargo del cuidado material, que implica un “trabajo”, del cuidado económico, que implica un “costo económico”, y del cuidado psicológico, que implica un “vínculo afectivo, sentimental”(Batthyány:2005).

Si bien los cuidados a las personas se han resuelto históricamente en el seno de las familias, las necesidades no son siempre las mismas, ni tampoco las personas que los prestan. Esto tiene consecuencias de género importantes para la condición de las mujeres en la sociedad, ya que cuando las mujeres de las familias son las principales proveedoras del bienestar, éstas se excluyen del mercado laboral, o enfrentan mayores dificultades que los hombres para conciliar trabajo productivo y reproductivo (Batthyány 2005).

b) Trabajo Remunerado

Se incluye cualquier tipo de actividad por la cual se perciba una paga. Independientemente esto de las horas dedicadas a la misma.

c) Capital Social, Trabajo Voluntario y/o Comunitario

De acuerdo a Vitelli, se considerará en esta investigación el conjunto de tareas y funciones sociales que realizan las mujeres en sus localidades, en términos de participación organizada en instituciones, y también las que conforman un conjunto más inorgánico de redes comunitarias y solidarias de la comunidad, que permiten diferentes estrategias de subsistencia o no. Estas formas de participación serán consideradas como generadoras del capital social de las familias y de la cohesión social que las mujeres ayudan a generar.

Podemos aducir también que el capital social se puede entender como, “la capacidad efectiva de movilizar, productivamente y en beneficio del conjunto, los recursos asociativos que radican en las distintas redes sociales a las que tienen acceso los miembros del grupo”. (Arriagada, 2003)

Incluiremos dentro de este concepto: trabajo voluntario en distintas instituciones (comisiones, comités, asociaciones de fomento) y/u organizaciones, y colaboración con la comunidad incluyendo de esta forma un amplio espectro de actividades.

Finalmente, y de acuerdo con Osorio, coincidimos en que la integración de la perspectiva de género dentro de la discusión de la nueva ruralidad, no sólo constituye una herramienta útil de análisis que privilegia las representaciones sociales y culturales de lo femenino y lo masculino, sino también cobra un sentido normativo en el marco

institucional y constituye una discusión central de las políticas públicas orientadas a reducir la desigualdad social de género.

Asimismo, es relevante, ya que a la hora de pensar en implementar políticas de desarrollo provechosas, es inadmisibles pensarlas sin plantearse la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres. La inclusión en la discusión del desarrollo del tema de género, es un principio ético pero también una necesidad económica.

Como aduce Banuett (1999), en lo que toca al modelo de desarrollo es imposible pensar en un crecimiento acelerado y en un desarrollo equitativo sin plantearse la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres.

CAPITULO II

PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

Como punto de partida, para plantear el problema de investigación, hemos tomado en cuenta un fragmento del análisis de las transformaciones de la nueva ruralidad en América Latina expuesto por Cristóbal Kay (2009).

En primer lugar, se ha originado el desarrollo de actividades fuera de la unidad productiva, las cuales son más dinámicas y generan en ocasiones mayores ingresos que las actividades agrícolas. Asimismo se presenta la flexibilización y feminización del trabajo rural, lo que ha afectado a hombres y mujeres en diversos aspectos, por ejemplo el aumento de la carga de trabajo.

Lo antedicho, nos sirve de puntapié para articular nuestros ejes de investigación: pluriactividad y género en el medio rural.

Es así que el problema de investigación se centra en cómo afecta la pluriactividad a las mujeres en diversos aspectos. En el análisis de su rol como reproductoras y productoras de la unidad familiar, así como también fuera de la misma, con el fin de concluir si las relaciones de género se ven modificadas o no.

Dentro de este marco, desde un enfoque o perspectiva de género, se pretende esclarecer si existen inequidades entre hombre y mujeres, entre otros aspectos, en cuanto a los usos del tiempo se refiere y distribución de la carga de trabajo. Se procura de esta forma, destacar su rol y especificidad en el espacio rural.

I. Objetivo General

Generar un aporte al conocimiento sobre la pluriactividad y condiciones generales de vida de la mujer, en el medio rural uruguayo, caracterizando particularmente los aspectos relacionados a la división de tareas y el uso del tiempo, desde una mirada de género.

II. Objetivos Específicos

- Especificar las distintas tareas (productivas, reproductivas, agropecuarias, no agropecuarias, trabajo remunerado formal-no formal) que realizan las mujeres en los hogares pluriactivos.
- Analizar si existen inequidades en cuanto a la distribución de las labores domésticas, de cuidados familiares y tareas de subsistencia, en los hogares pluriactivos.

- Incrementar la información disponible sobre los usos del tiempo de la mujer en el hogar pluriactivo.
- Indagar acerca de cómo se sienten las mujeres con respecto a las tareas que realizan y su rol en el hogar pluriactivo.

Aspectos Metodológicos

I. Diseño de Investigación

En esta investigación se decidió realizar un estudio principalmente de corte cualitativo, y se utilizó como fuente principal de información, el material obtenido a través de entrevistas personales. Poniendo énfasis tanto en aspectos objetivos como también subjetivos de las y los entrevistados.

Para la primera aproximación a la realidad se recabó información a través de informantes calificados que favorecieron el acceso a ciertos datos y a posteriores contactos que resultaron adecuados para continuar adelante con la investigación. Dichos informantes brindaron además, elementos esenciales para comprender la realidad que se abordaría a posteriori.

Para la convocatoria de las o los participantes de este trabajo se establecieron criterios fundamentales, en primer lugar que los mismos conformaran hogares pluriactivos, y segundo lugar, las mujeres serían las entrevistadas.

Pretendimos de esta forma obtener información detallada sobre la realidad y condiciones de vida de mujeres rurales que integraran un hogar pluriactivo, ubicados estos (precisamente) en Canelones y Lavalleja.

II. Metodología de Investigación

Dado los objetivos planteados en este trabajo, concluimos que una aproximación de tipo cualitativa para abordar el problema de investigación, resultaría la estrategia más adecuada.

i. Técnica de Investigación

A los efectos de recabar la información necesaria, la técnica utilizada fue la entrevista en profundidad semi-estructurada, para luego realizar un análisis exhaustivo del discurso de las entrevistadas.

Este tipo de entrevista es la que mejor se ajustaba a los objetivos de la investigación, ya que permitió contar con una guía para ingresar al campo y al mismo tiempo, mantener cierta flexibilidad para captar respuestas que no estaban previstas en el guión. Se pretendió de esta forma, acercarnos lo más posible a su realidad y subjetividad.

Conjuntamente, el hecho de acudir personalmente a los hogares de las mujeres participantes, y efectuar allí las entrevistas, permitió captar y apreciar de cerca, detalles

de su cotidianidad que revelaron en gran parte, aunque de forma indirecta, aspectos sobre sus condiciones de vida.

Por lo tanto, la primera etapa de nuestro análisis, consistió en transcribir las entrevistas, obteniendo así el material en bruto.

Fue importante al tratarse de un gran volumen de información, intentar reducir sus componentes, o sea las variables de interés para la investigación.

Dicha reducción se realizó través de la elaboración de resúmenes que incluían desde conceptos, frases que se repetían, o elementos considerados relevantes para ver cómo se relacionaban entre sí.

ii. Criterio de Selección de la Muestra.

Los hogares seleccionados fueron propuestos en un primer momento por una persona que mantenía contacto directo con la Sociedad de Fomento Rural de Tala. En primera instancia le fueron expuestos los objetivos de esta investigación a dicho contacto, lo que permitió luego, nos entregara una lista con nombres y teléfonos de algunas familias.

Previamente se estimó que estas familias cumplirían con las características exigidas, ya que de antemano se tenía la certeza de que poseían pequeños predios y según nos informaron, sus integrantes realizaban actividades fuera tanto y dentro de los mismos para subsistir.

Las características o requisitos incluían: en primer lugar componer un hogar pluriactivo (unidad productiva multidimensional, en la que se emprendieran actividades agrícolas y no agrícolas dentro y fuera del establecimiento. Y segundo, que dicho hogar estuviera compuesto por una mujer (ya fuera responsable del hogar y/o cónyuge).

Se realizó una selección previa de las familias a las cuales se tuvo acceso, y fueron contactados 11 hogares que cumplían satisfactoriamente con todos los requisitos.

La ubicación geográfica de estos hogares, determinó que en su mayoría fueran pequeños establecimientos dedicados básicamente a la agricultura y cría de animales, en pequeña proporción, además de otras actividades las cuales los “convertía” en hogares pluriactivos.

II. Dimensiones y Variables

Con el objetivo de evidenciar la condición de pluriactividad de los hogares entrevistados, así como también analizar la realidad de las mujeres inmersas dentro de

dicho fenómeno, fueron consideradas acordes y por lo tanto se incluyeron las siguientes dimensiones de análisis.

Dimensiones	Variables
Estructura Demográfica, composición del grupo familiar	Edad, sexo, estado civil, cantidad de hijos, edad de los hijos, tipo de hogar.
Nivel de educación	Educación formal e informal.
Situación laboral entrevistada y cónyuge	Ocupación principal, condición de actividad, asalariado, cuentapropista, patrón, informal.
Situación de la entrevistada	Responsable de Hogar o cónyuge
Condición de tenencia del predio	Propietario, arrendatario, sucesión.
Otras actividades	Actividades voluntarias, cursos, pasatiempos
Trabajo no remunerado	Tareas domésticas, diligencias, cuidado de familiares, parientes o hijos
Conformidad con las tareas realizadas	Le agrada, no le agrada. Le da lo mismo.

CAPITULO III

Análisis e Interpretación

Pluriactividad en el medio rural uruguayo

Para comenzar presentamos a continuación una tabla donde se exponen las distintas actividades que se realizan en los hogares estudiados, a modo de visualizar la condición pluriactiva de los mismos.

HOGAR	Ocupación Mujer	Ocupación Cónyuge	Ocupación otros Integrantes
Hogar 1	Agricultora / Ama de casa	Empleado Municipal, maquinista	
Hogar 2	Tejedora / Ama de casa	Agricultor /Jubilado / Changas	Empleado Frigorífico (hijo)
Hogar 3	Cocinera /Ama de casa	Agricultor	
Hogar 4	Agricultora / Tejedora/ Ama de casa	Agricultor ganadero	Estudiante (hija)
Hogar 5	Agricultora / Ama de casa	Alambrador/ Esquilador/Changas	
Hogar 6	Empleada doméstica / Ama de casa/ Agricultora	Jubilado / Agricultor	
Hogar 7	Directora de Colegio y Jubilada / Ama de casa	Agricultor Ganadero	Estudiante (hija)
Hogar 8	Tejedora / Ama de casa /Agricultora	Changas / Agricultor	Estudiante (hija)
Hogar 9	Profesora de biología	Horticultor	
Hogar 10	Jubilada / Tejedora/ Ama de casa	Jubilado / Agricultor	Desocupado (hijo)

En el marco conceptual hacemos referencia a la pluriactividad como fenómeno en ascenso y en el cual la contribución femenina juega un papel muy importante. En primer lugar por la creciente participación, y segundo por la diversidad de tareas y responsabilidades que las mujeres asumen en los hogares pluriactivos.

Uno de los factores que inciden directamente en la decisión de las familias rurales al momento de asumir alternativas laborales para ampliar sus opciones de supervivencia, es el tamaño de los predios y la ubicación de los mismos. En este caso, los hogares entrevistados fueron en su gran mayoría pequeños predios. Por lo cual y como desarrollaremos a continuación, optar por diferentes estrategias para aumentar los ingresos, (aparte de lo obtenido por la producción agrícola o agropecuaria) se presenta como una alternativa posible.

Las familias seleccionadas conforman hogares pluriactivos situados en los departamentos de Canelones y Lavalleja, y la extensión de cada uno de los predios

abarcan en promedio 20 hectáreas. Algunos más, algunos menos, pero todos pueden ser ubicados dentro de la categoría de productores familiares (aquellos que poseen 50há.o menos), teniendo en cuenta que lo que los define es la utilización de mano de obra familiar y más específicamente que la misma supere a lo largo del año, la mano de obra contratada (Piñeiro 1998).

En esta primera parte del análisis nos referiremos a la característica pluriactiva del hogar para luego profundizar sobre el rol de la mujer en el mismo.

Según los relatos pudimos observar un denominador común referido a la situación que deben afrontar estas familias en el medio que habitan. Ello tiene que ver con la no posibilidad de subsistir solamente con los ingresos provenientes de la producción agrícola o agropecuaria de sus predios. Esto se repite una y otra vez en el discurso de las entrevistadas, así como en el de los cónyuges que participaron en los diálogos.

Tal cual planteamos en el marco teórico aumenta la tendencia de los hogares residentes en el medio rural, (sobre todo cuando estos poseen pequeños predios), de recurrir a otras alternativas de subsistencia. La pluriactividad surge como medida paliativa a las dificultades económicas que deben afrontar estas familias de pequeños productores. O por lo menos, esta última se presenta como una de las principales causas de su manifestación.

Al respecto, manifiesta una de las entrevistadas y el esposo de otra.

Entrevistada “(...) no tengo una extensión de campo grande tampoco, no tengo gente tampoco, acá no hay nadie con mucha extensiones de campo (...) son pequeños productores familiares que la lucharon.

Y: ¿Se dan cuenta que el hogar de ustedes es pluriactivo?

E: Sí, por necesidad, ya te digo por no dar para vivir solo del predio... (Ent. Hogar 1)

Cónyuge: “(...) el campo no da, ese es otro tema, no da un sueldo, un sueldo bueno (...) 70 hectáreas, tenés que ser pero equilibrista y tener inversión y capital para que te deje seis siete mil dólares por año ahora que todo vale, porque siempre estás invirtiendo invirtiendo invirtiendo y no queda un sueldo, por eso la gente busca un sueldo”. (Ent. Hogar 7)

Como se indicó, estas unidades de producción despliegan diversos tipos de actividades y estrategias para subsistir, económicamente hablando. Según expresaron de forma fehaciente en sus discursos, queda claro que estos pequeños predios no generan un retorno suficiente, como para depender solamente de eso. De esta forma contar con un ingreso estable que les permita sustentar por lo menos los gastos fijos de los hogares en tiempos de incertidumbre se convierte más que en una alternativa, en una necesidad.

Entrevistada:“(...) son campos chicos, viste no dan para mucho, tenemos los animales lo indispensable porque no podemos tener mucho, viste aparte son campos pobres que no tienen viste buenos pastoreos, buenos campos no son.

Y: ¿No les rinde tanto?

E: Ahí está, entonces tenemos que ayudar con otra cosa a la casa porque con lo del campo no vivimos, viste no nos da”. (Ent. Hogar 8)

Asimismo si bien todos los hogares cumplían con la característica de ser pluriactivos en base a que se correspondían con las condiciones planteadas como premisa en esta investigación, se observa como bien dice Schneider, que este fenómeno se da de manera heterogénea y variada según los hogares, lo que pudimos apreciar en los distintos lugares visitados. Según los casos, la producción en la tierra era heterogénea, la mayoría poseía animales para venta y consumo, y las actividades no agrícolas también se presentaron de manera diversificada. Todos reforzaron la idea sobre la necesidad de acudir a la realización de otros trabajos, así como también la búsqueda de otro tipo de actividades complementarias.

“(...) yo hago las tareas de la casa, ayudo a mi esposo en el campo, en las tareas del campo, y aparte hago algún tejido, alguna otra cosa (...) pero poco se aporta muy poquito, es una ayudita nada más, viste tejo, a veces tejo para Tala o a veces para alguna exportación, pero viste siempre, nunca una cosa de que tengas todo el año, son vamos a decir changas (...) la primavera pasada que no tenía tejidos me fui a trabajar a una avícola, allá bueno yo estuve trabajando, estuve 8 meses trabajando, porque no tenía tejidos y tenía que ayudar a la casa”. (Ent. Hogar 8)

En este sentido pueden identificarse además diversos factores que afectan a la producción agrícola. Uno de los principales y más variable es el clima, ya sea cuando hay escasez de agua, sequía, fríos intensos reconocidos como “heladas” o inundaciones. Todos estos factores hacen que la producción sea intermitente y por ende el rédito económico que se espera obtener. Esas contingencias que no se pueden prever y manipular, suman un elemento más a la incertidumbre que viven estos productores en la mayoría de los casos. Nos comentaban lo siguiente:

“Si bien llovió algo el otro día, bueno hace como 5 días que está ahí feo pero llover no, creo que llovieron 20mm 30 mm cuando nos faltarían no sé 150mm”

“(...) cuando es extremo, la Intendencia sí, hay un arroyo ahí el arroyo Vejigas con un caudal importante de agua, vienen una cisterna con una bomba y toman agua, pero casos extremos, agua para animales y para la gente. Digo, la gente que le paso el año pasado que fue mas grave que este año no tenía agua para las plantas los invernáculos y se murieron las plantas. Si se te termina el agua y no tenés con que darle a los invernáculos en una semana se murieron las plantas”. (Ent. Hogar 9)

Otro elemento importante resulta ser la variación de la oferta y demanda de los productos que estas familias comercializan, o los “tiempos muertos” correspondientes a la zafra específica de cada producto.

Se refiere a este aspecto la misma entrevistada citada anteriormente.

“Además lo que mandás al mercado modelo hay veces que se vende y veces que se viene para atrás. Tampoco es como un mercado fijo, y hay épocas que vale bien y hay épocas que vale muy poco (...). Si hay mucha demanda en el mercado y las cosas no valen, y si no te ayuda el clima tampoco cosechás porque no te favorece el clima. (...) Influyen muchos factores, es muy sacrificada, es muy dura la vida del campo, a la vez es hermosa, tranquila”. (Ent. Hogar 1)

Conjuntamente al tema de la zafra de cada producto que mencionamos, se sumaban otras contingencias. Un ejemplo corresponde al exceso de oferta de los productos (resultado de diversos motivos según el caso). Si el exceso se genera, los precios disminuyen de tal forma que no logran siquiera vender la cosecha a un costo mínimo, y en ocasiones la única opción es desecharla. Las pérdidas monetarias por supuesto en estos casos son totales.

“(…) es muy simple, porque los costos son muy caros, son pocos los que se arriesgan y te hacen un invernáculo que no sé lo que puede costar un invernáculo, pero lo hace y cuando cosecha no vale nada porque el otro hizo lo mismo y el otro hizo lo mismo, entonces la cosecha a quien se la dan, la tienen que regalar (...) o llevar acá al mercado y a veces la traen de vuelta y la tienen que tirar”. (Ent. Hogar N°10)

Predomina entonces la búsqueda de otras formas de subsistencia que sean complementarias a la tarea principal, aunque esto dependerá también como se mencionó, de la ubicación geográfica del predio. En el caso de las familias consultadas, las mismas se encuentran en su mayoría muy aisladas de los centros urbanos, por lo que el traslado a dichos centros se torna complejo. Esto último puede incluirse como factor determinante al momento de optar por actividades adicionales a la tarea agrícola que deban ejecutarse fuera del predio.

Si observamos algunos de los casos de este trabajo a la hora de adoptar una alternativa laboral, llama la atención que las opciones de ocupación complementaria buscadas por las mujeres no corresponden con el establecimiento de relaciones de dependencia fuera de sus hogares. Resultarán más bien actividades realizadas el seno del hogar como por ejemplo la elaboración de prendas tejidas para su posterior venta.

Como se señaló en ese sentido, el aislamiento y la escasa movilidad pueden presentarse como un obstáculo al momento de pensar las opciones de empleo, ya que como desarrollaremos más adelante, las mujeres también son responsables del trabajo

en la tierra, por lo cual ausentarse del hogar para emplearse fuera no parece una opción considerable.

De acuerdo a Schneider otras de las razones que originan el fenómeno de la pluriactividad tiene que ver con la modernización técnico productiva, lo que por un lado disminuye la contratación de mano de obra, y por otro exige inversiones en capital fijo como ser maquinarias. Dadas las condiciones de las familias entrevistadas, la opción de invertir en nuevos equipos para modernizar la producción no era una opción posible, así como tampoco la contratación de mano de obra. Ya sea por no contar con el capital suficiente, o porque al poseer pequeñas extensiones de tierra, la inversión no tendría un retorno significativo.

“(....) no tengo una extensión de campo grande tampoco, no tengo gente tampoco, acá no hay nadie con mucha extensiones de campo (...) son pequeños productores familiares que la lucharon (Ent. Hogar N°1)

Al no contratar mano de obra, se exige de los integrantes de la familia un esfuerzo adicional para alcanzar las metas productivas. En este sentido es que analizaremos el papel fundamental que juegan las mujeres en este aspecto.

Mujeres rurales desde un enfoque de género

Como hemos mencionado anteriormente el fenómeno de la pluriactividad en el medio rural ha traído consigo transformaciones en otros aspectos, que no tienen que ver solo con las variaciones y aumento del tipo de actividades o la diversificación de las mismas en sí. Una de las transformaciones tiene que ver con la modificación de las relaciones sociales y el aumento de la participación femenina en el mercado de trabajo agrario y no agrario.

Dentro de este marco y desde un enfoque de género presentaremos un análisis de la información, referida a las condiciones generales de vida de las mujeres evidenciadas en la distribución de carga de trabajo, usos del tiempo, así como también aspectos subjetivos de quienes conforman estos hogares pluriactivos.

Tal como presentaremos a continuación no podemos afirmar que la realidad de las mujeres rurales sea uniforme ni única. Al contrario ésta es heterogénea y dependerá de diversos condicionantes que la configuran. Lo que si presentaremos aquí es la realidad específica de este grupo de mujeres entrevistadas, que si bien forman parte de su propio universo único e irrepetible, comparten algunos aspectos en común más que interesantes.

En primer lugar utilizando las categorías elaboradas por Banuett, (mencionadas en el marco conceptual), ubicamos a las entrevistadas en la siguiente tabla (a modo demostrativo), en uno o más casilleros según corresponda por su ocupación y/o actividad, como sigue a continuación. Pretendemos exhibir así un panorama a priori de la situación laboral de las mujeres entrevistadas.

Tabla: Ocupación y Actividades

Nombre	Asalariadas	Productoras Intensivas en la Parcela	Microempresarias Rurales
Hilde		×	
Cristina		×	×
Lucero	×		
Mariela		×	×
Yolanda		×	
Esther		×	×
Teresita	×		
Auxi	×	×	×
Viviana	×		
Carmen			×

Comenzaremos este análisis haciendo referencia a una característica específica de la dimensión rural. Dicha característica es que en el predio familiar existe una superposición de la esfera productiva y la doméstica. Esto lleva a que la mujer realice tareas en ambas esferas a la vez, existiendo una difusa línea entre lo que serían labores domésticas y productivas (a diferencia de lo que sucede a la mujer urbana), conformándose así un espacio ambiguo de compleja separación analítica.

La cita que sigue a continuación es bien descriptiva de la especificidad del medio rural.

“Yo creo que mirá, a nivel de campaña una cosa va ligada a la otra, no existe digamos el hecho solo de dedicarse a la casa, porque las situaciones obligan también a estar afuera ¿no?, a estar ahí por si un animal necesita, por si las plantas lo necesitan, a ese tipo de cosas también” (Ent. Hogar N°9).

El contexto en estos casos juega un papel preponderante. Como hemos señalado, la superficie de los predios visitados no es demasiado extensa, al contrario son pequeñas unidades productivas. De esta forma, condicionadas por la cercanía del espacio productivo, las mujeres entrevistadas invierten su tiempo no solamente a las tareas domésticas y ocupacionales habituales, sino que también la dedicación al predio surge como consecuencia de lo antedicho. La cantidad de horas dependerá de cada caso particular y estará determinada también por la situación laboral de cada mujer como veremos a continuación.

En varios de los casos las mujeres se dedicaban a trabajar por cuenta propia. Según Aguirre (1998), se consideran integrantes a este grupo aquellas que trabajan en pequeñas unidades productoras o en su domicilio, en renglones vinculados preferentemente a las industrias de la vestimenta, el tejido, el calzado y la alimentación. Esto determina que la totalidad del tiempo dichas mujeres se encuentren en su hogar, lo que supone al mismo tiempo una dedicación total a las tareas domésticas y de cuidados.

Como afirma Saltzman, la división sexual del trabajo entre hombres y mujeres supone una construcción sociocultural que asigna las tareas domésticas y “reproductivas” del hogar a las mujeres, mientras a los hombres encomienda las tareas “productivas”, lo que se aprecia en mayor medida en el medio rural. Sin embargo, en este sentido podemos mencionar que la división sexual del trabajo no se presenta de la manera “tradicional” en los casos vistos, debido al involucramiento permanente de la mujer en las tareas “productivas”. Esta forma “no tradicional” de la división sexual del trabajo, entendemos se manifiesta debido al límite difuso entre lo que corresponde a

las labores domésticas y el aporte al trabajo productivo de las mujeres. Como menciona una de nuestras entrevistadas:

(...)Salgo y ordeño primero que nada y después de hacer la tarea de todos los días, racionar a los cerdos, darle de comer a las vacas, gallinas y cuanto bicho hay (...), ahí sí ya me vengo para la cocina, que limpiar, que arreglar, una cosa y otra y hacer la comida viste. (Ent. Hogar N°4).

Según los testimonios de las mujeres, todas ellas, participan activamente en la realización de tareas relacionadas a la producción, más el reconocimiento de este tipo de actividad no se visualiza tan fácilmente. No se reconoce como aporte productivo, sino que lo que se percibió es que el trabajo realizado sería como algo inherente a la tarea doméstica y por tanto femenina.

Conjuntamente, el tiempo dedicado a las actividades productivas estará condicionado por el tiempo que la mujer dedica a las labores domésticas, lo que perpetúa la construcción de la identidad de género a través de la división de tareas por sexo.

Así, el rol del hombre está fuertemente asociado al de productor, proveedor, y las mujeres se identifican con el papel de “colaboradora”. Al mismo tiempo, cuando indagamos sobre las tareas domésticas los términos cambian, en este caso es el marido quien “ayuda” a la mujer en algunas ocasiones, lo que demuestra la apropiación del espacio doméstico por parte de las mujeres.

Así, de acuerdo a Vitelli, diríamos que en el medio rural las relaciones de género de tipo androcéntrico expresan sus formas de dominio asignando a las mujeres las responsabilidades domésticas, las de reproductoras sociales y las de cuidados (Vitelli: 58).

De todos los casos vistos, podemos afirmar que casi la totalidad de las mujeres son quienes se ocupan principalmente de las labores domésticas y de cuidados, sin desmedro de las actividades laborales. Existe de esta forma una sobrecarga importante de trabajo no remunerado en casi todas las mujeres, alcanzando así dobles y hasta triples jornadas laborales.

La identificación de las mujeres con el rol de ama de casa que se le “asigna” por el mero hecho de ser mujer, puede explicar en parte esta desigual carga horaria dedicada a las tareas domésticas en comparación a lo que dedican los hombres.

A este respecto detallaba una de las entrevistadas.

Entrevistada:(...) me levanto a las siete de la mañana, ponele y bueno hay que ordeñar la vaca, hay que racionar, hay que darles de comer, llueva o no llueva, hay que hacerlo igual, los

chanchitos comen todos los días lo mismo. Así es realmente. (...) bueno, te pasas la mañana haciendo esas cosas. Y bueno después tenés que cocinar, lavar y después todas las tareas de la casa.

Y.: ¿Eso lo hacés todo vos?

E. Yo, sí.

Y.: O sea que las tareas domésticas las hacés todas vos. ¿Tú marido hace alguna, te ayuda?

E.: Poco o nada, esas cosas no. El más bien para afuera, para el campo. (Ent. Hogar N°6)

Aquí se identifica además la alusión al campo como el afuera, como un espacio externo al hogar, espacio que corresponde al hombre, asociado al espacio del ámbito “público” en contraposición del ámbito privado interior de la casa correspondiente a la mujer. Lo que se presenta como cierta contradicción, dado que como manifiesta en su discurso, esta mujer participa activamente en las tareas del predio (como todas las consultadas).

Si bien la mujer se adueña del espacio hogareño y doméstico, su aporte en el ámbito productivo es fundamental para su buen funcionamiento. Esto puede relacionarse a la misma “invisibilidad” que ocurre con el trabajo no remunerado, por ejemplo en el caso de los cuidados familiares, esenciales y necesarios para la reproducción de la sociedad.

En otra parte de la entrevista manifestó,

Entrevistada:(...) Tengo que cuidar a mi padre, cuando se enferma llevarlo al médico.

Y.: ¿También?

E.: Sí, eso también. Te lleva tiempo, horas, días y tenés que salir a cualquier hora cualquier día.

Y.: ¿Y, siempre te toca a vos?

E.: Y, soy la única mujer...

Y.: ¿Por eso te toca a vos?

E.: Aparentemente parece que sí.

Surge nuevamente la apropiación e identificación con lo relacionado a la esfera doméstica, la obligación de cuidar a un familiar por el mero hecho de ser la única mujer de la familia. Se percibió en este discurso un dejo de resignación al mencionar este tema ya que no había lugar a debate al momento de decidir quien se encargaría del cuidado familiar, el único argumento para justificar esta situación era el solo hecho de ser mujer. Es interesante apreciar, que la especificidad del trabajo de cuidado es que está basado en lo relacional, ya sea en el contexto familiar o fuera de él. Según Batthyány, en el marco de la familia, su carácter obligatorio pero percibido a la vez como desinteresado, le otorga una dimensión moral y emocional. Esta dimensión moral a la que alude la autora, puede ayudar a comprender por qué las mujeres en su mayoría

asumen dentro de sus responsabilidades los cuidados familiares, incluyéndolo tal vez como una más de sus “obligaciones” domésticas.

Resulta significativo que algunas mujeres no solamente se hacen cargo de los cuidados de familiares directos, sino que también lo hacen de familiares políticos. Es el caso de más de una de las entrevistadas que mencionaron encargarse del cuidado de sus suegros. A este respecto indicaba una de las mujeres,

Y: ¿Y a tus suegros ustedes los ayudan en su casa?

Entrevistada: Si si, cocinarle porque son personas mayores, lavarles la ropa viste eso se ayuda

Y: ¿Y eso lo hacés vos también?

E: Si, si

Y: ¿Y tu marido no?

E: Si, no no, a veces si yo no puedo lo hace él porque son los padres viste (...)

En esta línea debemos agregar que todas las mujeres afirmaron efectuar cuidados familiares, (parientes sanguíneos o políticos) y solo una de ellas, declaró que en ocasiones es su marido quien realiza los mismos.

En relación a lo antedicho y en referencia al cuidado de hijos, pudimos apreciar en algunos hogares la motivación que transmitían los progenitores a sus hijas (en estos casos), en relación al estudio, argumentando que solamente a través de ese camino obtendrán la posibilidad de acceder a un futuro más promisorio. Se promueve así la expulsión de los jóvenes hacia los centros urbanos, argumentando que la vida en el campo es muy sacrificada. De esta forma las mujeres asumían aún más el compromiso de encargarse de las tareas domésticas sin “exigir” colaboración en las mismas, pretendiendo evitar así que sus hijos desperdiciaran tiempo que podía ser destinado al estudio.

Se expresaba una de las mujeres en este sentido,

(...) Es como yo le explico a Antonella acá, que ella se tiene que dar cuenta el trabajo que pasa la madre, el sacrificio que hace para mandarla a ella estudiar y no quiero que ella quede nula, tiene que estudiar tiene un futuro tiene una vida por delante (...). En invierno tenés que tener la comida pronta cuando llega, tenés que prepararle la ropa ayudarla vamos a decir, atenderla porque sino de que te vale de que haga su sacrificio si ella dedica el tiempo de ella en otra cosa y no puede estudiar. Si yo, viene del liceo y la pongo ponele a deschalar, ¿y cómo va a estudiar? (Ent. Hogar N°8)

Debemos subrayar en esta línea, que en los casos observados, a las hijas mujeres era a quienes más se les impulsaba a continuar con los estudios. Entendemos de esta

forma que las mujeres añoraban un futuro más prometedor para sus descendientes, o por lo menos diferente a la realidad que a ellas les tocó vivir en el campo.

En referencia a la participación masculina en la esfera doméstica, observamos algunos casos pero con una carga de trabajo menor a la de la mujer, interpretado como una figura de baja coparticipación y ayuda. El denominador común de estos casos fue que las mujeres poseían un nivel educativo superior (en comparación con el resto de las entrevistadas) terciario y trabajaban fuera del hogar en relación de dependencia. Si bien esto puede presentarse como un componente determinante al momento de definir la distribución de las tareas, de todas formas sus posturas ante este tema diferían de las del resto de las entrevistadas, dado que se referían con más naturalidad al hecho de compartir las tareas domésticas con sus respectivos maridos.

La más joven aducía lo siguiente,

Y: ¿Las tareas del hogar las haces tú, las haces sola, o él te ayuda también en algunas cosas?

Entrevistada: De a ratos dependiendo del tiempo que tenga (...) pero debo decir que a ver, de lo que era la generación de mi padre a la generación de ahora colabora bastante (...) Sí, en la época de nuestros padres era muy común los padres venían de trabajar de repente del campo de trabajar, se sentaban en la mesa y había que alcanzar las cosas y ahora no es así, como los dos trabajamos los dos de alguna manera colaboramos (...) así no recae todo sobre uno. (Ent. Hogar N°9)

La alusión al término “colabora” deja entrever que a pesar de que las tareas domésticas son distribuidas de una forma más equitativa en este caso, la identificación del espacio doméstico como propio está latente. Aunque vale destacar también una diferencia desde el punto de vista generacional en este aspecto según nos manifestó.

“Por ejemplo mi suegra que tiene casi 70 años ella siempre dice que a ella le choca ver como los hijos de ella, por ejemplo los hijos varones, ayudan en la casa, cuando en realidad a ella la enseñaron de otra manera, la enseñaron para estar por ejemplo más abocada a la casa, ella es de la generación que iba a trabajar al campo y después venía a cocinar y a limpiar y el marido a tomar mate (...). Igual no quita que hay gente como te decía, hay gente que está al estilo de antes ponele y se sienta y bueno sírvanme viste, y hay mujeres que contribuimos a eso también, o porque también estamos criadas en ese ambiente, en esa mentalidad”. (Ent. Hogar N°9)

Como expone Fraser en su definición de familia, la misma no es solo un espacio desinteresado donde se forjan los valores de los integrantes, sino que para las mujeres representa un lugar de trabajo, de intereses encontrados, en ocasiones de explotación.

En los casos de las entrevistadas que no trabajan en relación de dependencia, el espacio de trabajo se conformaba en sus hogares. Así se fusionaban al mismo tiempo el ámbito doméstico, el trabajo productivo y las obligaciones laborales, entremezclándose de esta forma las distintas actividades. Estas mujeres, demuestran su total compromiso

con este” lugar de trabajo” tal cual lo define o representa Fraser. Eso que las mujeres estiman como “natural”, la ejecución de las tareas domésticas, corresponde a que el hogar es también su “espacio de trabajo” expresado en términos de la autora aludida.

En referencia a las ocupaciones laborales de las entrevistadas, tomamos en cuenta el punto de vista de Aguirre. “Estas ocupaciones tienen de común el hecho de que todas ellas están relacionadas con los roles derivados de la imagen que la cultura asigna a las mujeres en tanto amas de casa, madres y esposas. Algunos trabajos constituyen un reflejo evidente de los roles familiares de las tareas femeninas tradicionales que tienen que ver con nutrir, vestir, enseñar, cuidar”. (Aguirre, Rosario: 1998, 71).

Esta cita es muy representativa e interesante, si reparamos en que las ocupaciones extras de todas las entrevistadas (decimos extras descontando las tareas domésticas y de producción del predio), se encuentran incluidas en las descriptas. Todas las mujeres que prestaron su testimonio, declararon su ocupación principal dentro de las categorías: nutrir, vestir, enseñar (fueron entrevistadas una profesora, una empleada doméstica, una cocinera, tejedoras etc.).

Esto no llama tanto la atención, y podemos alegar que dicha realidad se presenta comúnmente en el medio rural, ya que las opciones que se presentan frecuentemente a las mujeres en este medio se reducen a los roles femeninos más tradicionales, transferidos en ocasiones de generación en generación. Además como indica Aguirre (1998), las trabajadoras con obligaciones familiares prefieren empleos que les permitan compatibilizar roles productivos y reproductivos.

De esta forma como dijimos, observamos a la totalidad de las mujeres dedicadas a las actividades “típicamente femeninas” asociadas a cuidado, nutrición, etc., tareas que por lo que implican no “merecen” ser remuneradas, y por lo tanto no existe una valoración y reconocimiento de las mismas. Caso contrario es el del hombre quien al desarrollar labores remuneradas, si es merecedor del reconocimiento social.

Como indica una de las entrevistadas,

“(…) sin visualizarse por ejemplo los esfuerzos personales, en cambio cuando es algo remunerado sí, porque concretamente se ve el valor de eso, entonces claro, ahí cambia un poco la visualización de las actividades, la valoración que se hace dentro de la casa de esas cosas, esté, eso, no sé a otros niveles pero acá en campaña también tiene mucho que ver (...)”. (Ent. Hogar N°9)

Por otra parte, pudimos observar que si bien en la mayoría de los casos la razón o el motivo por el cual las mujeres decidieron salir a buscar un ingreso extra para el

hogar eran de índole económico, surgieron otros elementos que llegaron a ser tan o más trascendentes que contribuir con la economía hogareña.

En casi todos los relatos, surgía el gusto por desarrollar otras actividades por el mero hecho de compartir experiencias, pensamientos y momentos gratos con otras mujeres. Esto tiene sentido si tenemos en cuenta, que la gran mayoría vive en el medio del campo en total o parcial aislamiento. El formar parte de un grupo, socializar e identificarse con otras mujeres sobre todo en un medio tradicional en cuanto a los roles de género, cobra extrema relevancia para dichas mujeres. Este aspecto humano adquiriría más importancia que el factor económico al escuchar la mayoría de los discursos.

“Entrevistada (...) A veces que uno está solo así que necesitas, por eso es que me gusta ir al grupo este de las mujeres porque viste que cuando íbamos a Pando y todos esos lados había gente de todos lados viste, de otros grupos de mujeres y todo eso”

En este sentido destacamos que varias de las entrevistadas formaban parte de un microemprendimiento de tejedoras denominado “*Wairá*” (...*lo que trajo el viento*), el cual se dedica a la elaboración de indumentaria en lana para exposición y venta posterior. Formar parte de este grupo les permite obtener ingresos, generar capital social, además de brindarles la oportunidad de asistir a distintos eventos, capacitaciones, y otras actividades derivadas de dicho emprendimiento. El hecho de ampliar su universo de relaciones sociales, impactaba de forma satisfactoria en sus vidas según pudimos apreciar.

Según palabras textuales de los diálogos, “*estar en contacto con otras mujeres compartiendo el mismo gusto por algo, genera satisfacción*”, además de la incorporación de un sentido de pertenencia a dicho grupo. El agrado era generado en mayor medida por la posibilidad de socializar entre pares, más que por la actividad en sí y el rédito económico que pudiera obtenerse.

La experiencia de trabajar y compartir con otras mujeres despierta sentimientos positivos en ellas según su propio discurso. Salir de la casa, cambiar de ambiente como forma de distensión, la identificación con la tarea, el valor de participar de esa actividad con personas del mismo sexo, constituyen aspectos positivos comunes en términos de recompensas afectivas, compañerismo y aprendizaje mutuos. Se percibió un sentimiento de orgullo al hablar del grupo de tejedoras, y también de alto compromiso con el mismo. Si bien en algunos casos resultaba difícil asistir a los encuentros (difícil acceso al transporte etc.), las mujeres hacían todo lo posible por no ausentarse.

Podemos considerar a este microemprendimiento de mujeres rurales, como una oportunidad de las mujeres de salir de la exclusión, dejando de lado el encierro provocado por la exclusiva atención a lo doméstico, dando paso además a la realización de actividades que les otorgan autonomía y beneficios económicos.

El hecho de agruparse les permite además obtener otro tipo de beneficios como puede ser el apoyo de distintas instituciones y organismos. Por ejemplo, nos contaban que al momento de las entrevistas estaban próximas a finalizar un taller de diseño financiado por el MIDES y dictado por jóvenes estudiantes de la Escuela de Diseño Industrial. El universo de relaciones se amplía de esta forma, permitiendo en ciertos casos acceder a recursos que de otra manera no hubieran podido alcanzar.

Es así que la característica o actividad que “transformó” al hogar en pluriactivo en casi todos los casos, trajo consigo otras implicancias y por ende diversas repercusiones en la vida de las mujeres

Si apreciamos los aspectos más subjetivos del discurso de las mujeres en relación al gusto por la realización del trabajo remunerado y no remunerado se observó que la mayoría manifiesta agrado al momento de cumplir con sus obligaciones. Salvo alguna excepción que expresó sentirse desconforme con el trabajo en el campo, por el sacrificio que éste implica. Así se expresaba una mujer:

(...) No, nunca me gustó el campo (...) El tema del campo es que es muy sacrificado y pasa el mes y no agarrás un peso. Por más que tengas animales, que críes lo que tengas, o te viene mal una cosecha y perdiste todo”.

En referencia al trabajo no remunerado, y de acuerdo a lo que expresa Vitelli sobre la expresión de “ama de casa” podemos encontrar sentido a la aceptación que demuestran algunas mujeres al momento de asumir exclusivamente las tareas domésticas y de cuidados.

Como dice la autora, durante mucho tiempo las mujeres adueñadas de esta expresión percibían que su dominio sobre este territorio era un lugar de poder, prestigio y una división justa del trabajo con el hombre, quien proveía sustento material. Tan fuerte ha sido esta autoidentificación, que sólo muy recientemente las mujeres en el medio rural han comenzado a percibir y valorar otro tipo de tareas, sean o no remuneradas.

Precisamente, cuando se indagó sobre el tiempo libre, en la mayoría de los casos quedó claro que no contaban con tiempo restante como para realizar algún hobby o pasatiempo. Se remarcó que dependía directamente del tiempo que resultara luego de finalizar con las labores domésticas y las de producción en el predio. Sin embargo,

declararon que les gustaría contar con tiempo suficiente para poder acudir a cursos u otras actividades. El hecho de residir en el mismo lugar donde se encuentra la unidad de producción, conlleva estar a disposición para atender las distintas obligaciones correspondientes al predio. Lo que disminuye o anula en la mayoría de los casos la posibilidad de contar con tiempo extra para desarrollar otras actividades.

Así, como decía una de las entrevistadas,

“Entrevistada: Ayer nomás me levanté a las 6 y media y me acuesto 10 y media a veces a las 11 a veces a las 12

Y: ¿Sin parar?

E: Me siento nada más que para almorzar

Y: ¿Y un día libre tenés?

E: No no nada, no existe

Y: ¿No te tomás ningún día?

E: No, es que no podés tomar acá en el campo no podés, capaz que agarrás una tarde un rato vas a pasear a la casa de un hermano o yo que sé a la casa de un vecino, pero un rato, decir ta me voy de la mañana y vuelvo en dos o tres días no, no podés”. (Ent. Hogar N°8)

Se identificó solamente una entrevistada que mencionó realizar actividades deportivas, aunque vale destacar que la misma trabaja de forma remunerada fuera del predio, y contaba con algunas horas puentes en su trabajo, las cuales aprovechaba de esta forma.

Igualmente algunas de las mujeres comentaron que realizaban actividades voluntarias, aunque éstas no insumían demasiado tiempo. Este tipo de actividades contribuye a la generación de capital social y favorece el acceso a distintas redes sociales que pueden actuar en beneficio tanto de las mujeres como de la comunidad. Encontramos que optar por realizar este tipo de actividades, tiene que ver también con la búsqueda de alternativas para salir del aislamiento propio del medio rural.

“Entrevistada: yo soy la secretaria del grupo (...) yo solo soy secretaria del grupo hace dos años

Y: ¿Y qué te toca hacer como secretaria?

E: Pasar la lista, avisarle cuando tenemos reunión, avisarles cuando hay algún proyecto, viste me movilizo por todas esas cosas yo, viste para citarlos cuando tenemos la reunión, donde la hacemos, viste

Y: ¿Pero eso te lleva algún tiempo?

E: No no no, algún tiempito porque cuando tenemos la reunión, tres horas viste, pero ya sabés que el segundo martes de cada mes, de tardecita tenés tres horas que dedicarle a eso

Y: ¿Te gusta ser la secretaria?

E: Si, me gusta porque a mí me gusta tratar con la gente, a mí no me gusta estar sola, no me gusta ser solitaria no no”. (Ent. Hogar N°8)

En referencia a la pluriactividad y el papel que asumen en los hogares las mujeres entrevistadas, diremos en primer lugar que este fenómeno se manifiesta como estrategia de supervivencia. Pudo apreciarse en sus discursos la necesidad de obtener ingresos extra prediales. De este modo, las mujeres deben conjugar diariamente la realización de diversas actividades que incluyen: tareas domésticas, producción para consumo, cuidados familiares y la propia ocupación.

Como hemos mencionado, las mujeres asumen en mayor medida la responsabilidad del hogar “adueñándose” de las obligaciones domésticas y del espacio privado en general. El hecho de asumir este compromiso puede explicar también la decisión que adoptan algunas de ellas al buscar otras actividades que les permitan ayudar a la economía del hogar y de esta forma “sacar adelante” el mismo.

En términos de carga horaria podemos afirmar la desigualdad que existe entre las horas que dedica la mujer al hogar y a otras tareas (además de las remuneradas), en comparación a lo que dedican los hombres

“(…) Tejo de mañana un rato, después dejo para hacer las cosas al mediodía, la comida todo eso después limpiar y ya después me pongo de tarde y tejo de tarde y de noche hasta tarde”. (Ent. Hogar N°2)

Si tomamos en cuenta el planteo de Nancy Fraser, advertimos que las inequidades en base a la pluralidad del concepto de género, se producen en estos casos según los distintos relatos. Las mujeres no disponen de tiempo libre para realizar otro tipo de actividades fuera de las que tienen que ver con trabajo remunerado, no remunerado, cuidados familiares etc. “Una pluralidad del concepto que se materializaría al respetarse siete principios normativos básicos: 1) principio de antipobreza, 2) principio de antiexplotación, 3) igualdad en el ingreso, 4) igualdad en el tiempo libre, 5) igualdad de respeto, 6) principio de antimarginación, y 7) principio de antiandrocentrismo”. (1997)

A simple vista los principios 4 y 7, no se cumplen en los casos analizados.

Dos de las entrevistadas indicaron hallarse solas durante los días de semana, ya que sus maridos migraban del hogar de manera temporal para trabajar. De esta forma recaía sobre ellas la obligación de encargarse de todos los quehaceres del hogar, de labores de subsistencia, cuidado de hijos, sumado esto al trabajo remunerado y la responsabilidad total del predio, sometidas de esta forma a una importante sobre carga de trabajo. Debemos marcar que en estos casos, ambas entrevistadas son las que poseen el nivel educativo más bajo.

La distribución de usos del tiempo presenta similitudes en casi todos los testimonios analizados, en cuanto a las tareas y secuencia de las mismas. Como se mencionó, la mayoría de las mujeres declararon ser amas de casa, por lo cual gran parte del tiempo que restaba luego del trabajo remunerado, lo dedicaban a este tipo de actividades.

Por otra parte, se pudo percibir que estas mujeres no realizan una real problematización acerca del contexto en el que les toca vivir. Si bien son conscientes del aislamiento y manifestaron las dificultades que atraviesan desde el punto de vista económico por ejemplo, no se apreció salvo excepciones, un cuestionamiento al sistema de género imperante. En realidad las desventajas referidas a la distribución de la tarea doméstica y excesiva carga horaria consecuencia del trabajo remunerado y no remunerado, son más bien naturalizadas y aceptadas como parte de la rutina y obligaciones, propias del género femenino.

La información obtenida durante este trabajo, proporciona un aporte a lo que a relaciones de género y pluriactividad refiere. Al acudir a los hogares seleccionados, se pudieron apreciar al mismo tiempo las distintas, (pero similares en ciertos puntos), realidades que transitan no solamente las mujeres, sino también sus familias.

Como se ha mencionado en reiteradas ocasiones, la pluriactividad encuadra diversos matices, por lo cual resultó interesante el ensayo de apreciar los casos desde una perspectiva de género, en pro de obtener información apreciable conjuntamente.

Observamos que más allá del trabajo remunerado extra predial, la gran parte de las mujeres asume la responsabilidad de los quehaceres domésticos, de cuidados de personas dependientes y en ocasiones también de tareas de subsistencia. Se advirtió además que la mujer mantiene su colaboración o participación en las tareas del predio a pesar de la labor remunerada. Si bien el hecho de realizar otro tipo de actividades fuera del predio, trajo consigo efectos positivos en la vida de estas mujeres, por otro lado, se observó una sustancial sobre carga de trabajo no remunerado en la mayoría de los casos. Las recompensas a las que pueden acceder no son congruentes con su aporte a la producción social y familiar.

II. Algunas conclusiones finales

De la información obtenida, se desprende que en casi todos los hogares entrevistados, la pluriactividad se presenta como una estrategia de supervivencia. Del discurso de las entrevistadas, y en ocasiones de los esposos que participaron de los encuentros, se destacó que los ingresos percibidos por las distintas actividades que realizan en los respectivos predios, no son suficientes para subsistir dignamente.

Podemos afirmar que los hogares entrevistados se encuentran dentro de la categoría de pequeños productores, pudiendo ser ésta una de las condicionantes para tales consecuencias.

Dichos hogares presentaban una característica en común: el aislamiento, por lo cual es en este contexto que participar de microemprendimientos u optar por dedicarse a otra ocupación distinta del predio, permite que las mujeres logren salir de esa situación dejando de lado la reclusión que provoca la excesiva atención a lo doméstico para dar lugar a actividades que otorguen no solo recursos económicos sino también autonomía personal. De esta forma logran vincularse socialmente obteniendo resultados positivos en diversos aspectos.

Quienes no indicaron a la pluriactividad como estrategia de supervivencia (la minoría), manifestaron que el interés en realizar otro tipo de actividad, diferente a las del predio, surgió principalmente por la necesidad de socializar con otras personas (y no hicieron referencia a cuestiones de índole económica). Los resultados económicos fueron consecuencia de la nueva actividad y no causa.

Si bien la mayoría de las mujeres adujeron cumplir con gusto las diversas actividades que mencionaron (labores en el predio, domésticas, cuidados), destacamos que valorarían la posibilidad de contar con tiempo libre para dedicarse a realizar algún pasatiempo o actividad extra que les permita salir de su rutina diaria.

Relacionamos esto último a la satisfacción que les genera socializar y relacionarse con otras personas. Es importante destacar que la mayoría de los hogares visitados se encuentran muy aislados de centros poblacionales, y es en este contexto donde se produce la aparición de un microemprendimiento como lo es Wairá (grupo de tejedoras). Formar parte de estos emprendimientos permite a las mujeres posicionarse desde otro lugar en el núcleo de su familia. Obtienen (aunque mínima) cierta independencia económica que conlleva al alcance de la “legitimación social” que no obtienen si no se perciben ingresos monetarios.

Desde una perspectiva de género, se observó que de las mujeres que prestaron su testimonio, solo muy pocas poseen estudios superiores y justamente son quienes no poseen triple jornada laboral.

Dichas mujeres cumplen con su jornada laboral, comparten las labores domésticas con sus maridos, así como también la responsabilidad económica del mismo. De esta manera podría decirse que con un mayor nivel educativo las mujeres pueden negociar mejor la distribución de tareas domésticas en el hogar.

El resto de las mujeres, distribuye su jornada entre trabajo remunerado, las tareas de subsistencia y los cuidados familiares, y algunas de ellas, además de realizar las actividades descriptas, destinan parte de su tiempo a la práctica de actividades voluntarias, las cuales realizan un importante aporte al desarrollo de sus territorios.

Lo antedicho tiene que ver con la invisibilidad del aporte femenino en las distintas áreas. A pesar de la relevancia que conlleva la participación en organizaciones y grupos en sus comunidades, el aporte de estas mujeres no suele ser reconocido, aunque de todas formas, según sus testimonios, lo realizan de manera desinteresada.

Según Vitelli; el aporte que las mujeres realizan al desarrollo en el medio rural y sus comunidades a través de su participación en organizaciones sociales y roles cumplidos, además de ser cualitativamente distinto al de los hombres, es poco reconocido en términos de la “normalización” y desjerarquización que se ha dado de esas funciones (Vitelli: 58). Retornando nuevamente a la no legitimación social de las actividades que no generan ingresos monetarios.

En el medio rural la socialización va fuertemente asociada a valores tradicionales que suponen aún una fuerte división de tareas por sexo (ellas responsables de las tareas domésticas y cuidados, ellos del trabajo productivo), lo que apreciamos en la mayoría de los hogares entrevistados en este estudio.

Entendemos que las inequidades de género existen en la mayoría de los hogares entrevistados, ya que a pesar de que todas las mujeres cumplen con su jornada laboral, deben cumplir además con el resto de las actividades (domésticas, de subsistencia, cuidados y responsabilidades que conlleva un hogar), lo que resulta en una sobrecarga horaria de trabajo sustancial, evidenciadas en las múltiples jornadas.

Podemos apreciar que efectivamente las mujeres entrevistadas, a pesar de realizar una actividad extra predial o desempeñarse laboralmente fuera del mismo, dedican su tiempo restante a las tareas domésticas, y/o de cuidados familiares.

En el caso de las mujeres que realizan la explotación del predio en su totalidad, (no realizan actividades extraprediales), resaltamos que son quienes poseen el nivel educativo más bajo de todas las entrevistadas. En estos casos las mujeres se encuentran solas en el hogar durante toda la semana o más debido a que sus maridos trabajan fuera del predio. Esto trae como consecuencia que deban asumir todas las tareas domésticas y de cuidados familiares.

A diferencia de unos pocos casos, pudimos observar que son principalmente las mujeres quienes aportan los ingresos denominados extra prediales.

Finalmente se puede apreciar que todas las mujeres que prestaron su testimonio manifestaron ocupar todo el tiempo de su jornada entre el trabajo remunerado y el no remunerado.

A través de la información que recabamos se puede concluir que, las mujeres son las responsables de las tareas domésticas y cuidados, por las cuales no perciben ninguna retribución. A pesar del aumento de las actividades asalariadas en que las mujeres rurales participan, las inequidades con respecto a los hombres, en relación al tiempo y distribución del trabajo no remunerado, son evidentes. Contrario a eso, el aumento de la participación de las mujeres en las diversas labores remuneradas ha traído consigo, en casi la totalidad de los casos, un aumento en la carga de trabajo.

Si bien el hecho de percibir ingresos propios les brinda cierta autonomía, así como también la posibilidad de socializar, la brecha de género en este aspecto se mantiene.

Referencias Bibliográficas

Aguirre, Rosario (1998). "Sociología y Género. Las relaciones entre hombre y mujeres bajo sospecha".

Aguirre, Rosario y Batthyány Karina (2005). "Uso del tiempo y trabajo no remunerado".

Arriagada, Irma (2003). "Capital social: potencialidades y limitaciones analíticas de un concepto". En Estudios Sociológicos XXI. El Colegio de México. Citado en: Vitelli, Rossana (2010). "Capital social, participación y ciudadanía en el medio rural. Una perspectiva de género". Tesis doctoral defendida en la Universidad Federal do Rio Grande do Sul. Porto Alegre, Brasil

Banuett, Marcelle (1999). "Perspectiva de género en la nueva ruralidad" Documento para Discusión.

Batthyány, Karina (2005). "Pobreza, desigualdades sociales y de género". En: "El Uruguay desde la sociología III" Departamento de Sociología, FCS-UDELAR, Montevideo.

Chiappe Marta y Carámbula Matías y Fernández Emilio (2008). "El campo uruguayo: una mirada desde la sociología rural".

Deere, Carmen; León Magdalena (2002). "Género, propiedad y empoderamiento: tierra, Estado y mercado en América Latina". PUEG, Universidad Nacional Autónoma de México/FLACSO-Ecuador. México. Citado en: Vitelli, Rossana (2004) "Mujeres Rurales en el Uruguay: una aproximación desde sus condiciones de vida y el trabajo".

De Grammont Hubert C. y Martínez ed. (2009). "La pluriactividad en el campo Latinoamericano" Quito, Ecuador.

De Olivera Méndez, Rosanna (2003). "Red de grupos de mujeres rurales del Uruguay una instancia para el desarrollo". Monografía final de Licenciatura en Trabajo Social. Universidad de la República, Facultad de Ciencias Sociales.

Fossati, Mariana (2004). "Promoción y participación de mujeres rurales en Uruguay". Monografía final de Licenciatura en Sociología. Universidad de la República, Facultad de Ciencias Sociales.

Giarracca, Norma (2001). "Una nueva ruralidad en América Latina".

Kay, Cristóbal (2009). "Estudios rurales en América Latina en el periodo de la globalización neoliberal: ¿una nueva ruralidad?", en Revista Mexicana de Sociología, Vol. 71, No. 4, pp. 607-645. Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM. Citado en Osorio, Carmen (2011). "La emergencia de género en la nueva ruralidad". Revista Punto Genero N°1. ISSN 0719-0417. Pp. 153 - 169

Malaquín, Ítalo (2009). “Ganadería a tiempo parcial y pluriactividad de la unidad familiar”. En: Tesis de maestría Programa de Pos graduación de la Universidad Federal de Río Grande del Sur, Porto Alegre.

Osorio, Carmen (2011). “La emergencia de género en la nueva ruralidad”. Revista Punto Genero N°1. ISSN 0719-0417. Pp. 153 - 169

Piñeiro, Diego E. y Cardeillac Joaquín (2006). ” Influencia de la composición del grupo familiar en la pluriactividad”.

Piñeiro, Diego E., Cardeillac Joaquín, Vitelli Rossana (2013). Relaciones de género en el medio rural uruguayo: inequidades “a la intemperie”.

Reyes, Natalia. “Con las manos en la tierra. La experiencia de la cooperativa de agricultoras Calmañana del noreste de Canelones”. Monografía final de Licenciatura en Trabajo Social. Universidad de la República, Facultad de Ciencias Sociales.

Riella, Alberto y Mascheroni Paola (2006). “La pluriactividad en el medio rural uruguayo”. En: Alberto Riella (Comp.) “Globalización, Desarrollo y Territorios menos favorecidos” Facultad de Ciencias Sociales. UDELAR. Montevideo.

Romero, Juan (2009). “Caracterización del empleo no agrícola en el territorio rural del Uruguay”. En: Repensando las desigualdades, XXVIII Congreso Internacional de la Asociación de Estudios Latinoamericanos, Rio de Janeiro. Comité de Investigación: AGR 018 Precariedad y Calidad Del Empleo Rural En El Cono Sur Latinoamericano.

Saltzman, J. (1992). “Equidad y género. Una teoría integrada de la estabilidad y el cambio”. Ed. Cátedra. Valencia.

Schneider, Sergio (2007). “La contribución de la pluriactividad para las políticas públicas de desarrollo rural: una mirada desde el Brasil”

Vitelli, Rossana (2005). “Mujeres rurales, trabajo y pluriactividad”. En: Guillermo Neiman y Clara Craviotti (Comp.) Entre el Campo y la Ciudad. Desafíos y Estrategias de la Pluriactividad en el Agro. Ediciones CICCUS, Buenos Aires.

Vitelli, Rossana (2004). “Mujeres Rurales en el Uruguay: una aproximación desde sus condiciones de vida y el trabajo”. En: Tesis para optar al Grado de Maestro en Ciencias Sociales con Mención en Estudios Sociales Agrarios. Facultad Latinoamericana de CCSS (FLACSO) sede académica argentina.

Vitelli, Rossana (2010). "Capital social, participación y ciudadanía en el medio rural. Una perspectiva de género". Tesis doctoral defendida en la Universidad Federal do Rio Grande do Sul. Porto Alegre, Brasil.